

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO APOSTÓLICO, ROMANO.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et utilitatis partes tuendas suscepistis....

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—
Pío IX, al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los suscritores, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificado.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Taubout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

PROTESTA DE LOS REPUBLICANOS CONTRA LA CIRCULAR DEL SEÑOR SAGASTA.

Los diputados republicanos que en Madrid se encuentran, fieles al mandato impuesto por sus electores de conservar a toda costa la integridad de las libertades fundamentales y el respeto a los derechos del individuo, congoja suprema de la revolución de Setiembre, se apresuran a protestar contra toda la energía de sus conciencias contra la serie interminable de atentados que un Gobierno arbitrario, dictatorial, se ha permitido, violando los artículos principales de la Constitución a título de ampararlos, y desconociendo la soberanía de las Cortes a título de servir y defenderla, sin tenerse ni ante la idea de que inaugura una reacción, a cuyo término estaría, si el pueblo español no lo evitase, la ruina de todos los partidos liberales, la vergüenza y la deshonra de la patria.

Ya, cuando a fines de Julio comenzó una sublevación carlista, contra la cual solo se necesitaban los eficientes procedimientos de la libertad, el Gobierno que nos rigió usó la soberanía de la nación, desconoció los derechos fundamentales, violó el Código que acababa de promulgar, y sin sombra de autoridad para ello, publicó la ley de fustigación que destila de cada uno de sus artículos sangre liberal, como que fué el puñal bendito contra nosotros por la dinastía de los Borbones.

Entonces protestamos, si, protestamos citando uno a uno los artículos de la Constitución violados, y prometiendo que en el día de la continuación de las sesiones de Cortes, presentaríamos en defensa del derecho, meditada acta de acusación contra un Gobierno capaz de restaurar la execrable política que el país creía destruida para siempre con el antiguo trono.

La ley de Abril se cumplió de una manera tal, que vino a demostrar al mundo como aquí los gobiernos cambian sin que cambie la arbitrariedad, y las revoluciones vienen sin que desarraiguen las seculares costumbres de la tiranía. Como si la ley no fuese bastante bárbara, la agravó un mandato ministerial. Infelices, cuyos nombres todo el país recuerda, fueron asesinados en los campos de Cataluña. No se identificaron sus personas; no se investigó su delito; no se les permitió ni siquiera el derecho último de los criminales: más empujados y más feroces, el derecho de la defensa; y esa fama que hasta sangre inocente corrió en aquella carnicería, crimen que no solo está impune, sino premiado como un mérito, y con el cual deshonraron nuestros gobernantes la revolución de Setiembre.

El país tenía derecho a esperar que, con una política llamada democrática, a la vida, el hogar, la libertad de los ciudadanos, se volvería a ver a los desmanes que agitaron su paciencia e hicieron una revolución necesaria. Al fin de inaugurar una nueva época de libertad, se había escrito el título primero de la Constitución, en el cual están consagrados los derechos fundamentales humanos, y asegurados contra las arbitrariedades y los desvarios del poder.

Pero desde el día en que el Código fundamental se promulgó, tramóse contra él una conjuración en el Gobierno, conjuración que empezó por adulterarlo para concluir por destruirlo. Varios gobernadores, contrariando el espíritu y desconociendo la letra de la Constitución, declararon el Código fundamental ineludible. El ministro de la Gobernación prohibió los lemas escritos en banderas, y los vivos con que en todo tiempo ha expresado el pueblo sus votos y ha revelado su conciencia. Se lea la Constitución se empezó entre el pueblo que se creía amparado en la manifestación pacífica de sus opiniones por la Constitución, y el Gobierno que legislaba y aun perseguía las manifestaciones por medio de sus agentes, poniendo, con audacia sin ejemplo, su autoridad administrativa sobre la nación; su policía sobre los legisladores; su capricho sobre aquellas facultades primordiales superiores a todas las leyes, y que, a título de Código fundamental de la naturaleza humana, habían pasado a ser, por el voto de la revolución sancionada en las Cortes, los fundamentos de la nueva sociedad democrática levantada sobre las ruinas de las instituciones monárquicas que por tanto tiempo oprimieron y degradaron al pueblo.

En estos últimos días ha buscado el Gobierno pretexto en un delito común para acabar de destruir la Constitución y aniquilar los derechos individuales. Cometiéndose en la persona del secretario del gobierno civil de Tarragona uno de esos horribles crímenes contra los que bastan los tribunales del país, y la fuerza de las leyes comunes. El partido republicano unánimemente repudió desde sus clubs, desde sus periódicos, aquel atentado radicalmente contrario a todas sus doctrinas y opuesto a toda su conducta. Crimen aislado, que no puede manchar la limpia historia de un partido, el cual en todo tiempo predicó la inviolabilidad de la vida humana, e intervino con su autoridad y su prestigio para evitar la efusión de sangre. Si alguna reprobación le faltara a ese crimen, nosotros grabamos aquí la nuestra, unánime, profunda, como nacida de conciencias que jamás transigirán con ningún principio ni ningún hecho que pudiera parecer una negación de las ideas humanitarias, a los cuales hemos ajustado siempre nuestra conducta, y que son como leyes universales de nuestra vida.

Pero lo que no podíamos creer, ni imaginar siquiera, es que el Gobierno llevase su demencia reaccionaria hasta imputar ese crimen, y fundar sobre tan calumniosa imputación la manguada política que atenta a todos nuestros derechos. Y esto, ¿cuándo? Cuando todavía está fresca la sangre de varios alcaldes republicanos, asesinados por la furia de los partidos monárquicos. Y esto ¿por qué? Por un poder que ha visto impasible apañar y dejar por muertos en sus redacciones a escritores, que con más o menos razón, pero con perfecto derecho, ejercían su crítica sobre el Gobierno, sobre la Asamblea, sobre la Constitución, como ciudadanos españoles a quienes las leyes garantizaban la absoluta libertad de su pensamiento.

Es una aleveza insultar así desde las regiones del poder, que deben ser serenas, en la Gaceta oficial sostenida por todos los ciudadanos, con distribuciones calumniosas, a partidos que forman una gran porción del país. Si nosotros quisiéramos usar de represalias; si nosotros buscáramos en la historia sangre que arrojar a nuestros calumniadores, el corazón de Bassa, mordido por sus sacrificadores; los nombres de Canerías y de San Just; las sombras de los célebres asesinos de la calle de la Luna, bastarían para decir a partidos que tienen esas negras páginas en su historia cuánto arriesgan al querer arrojar imputaciones infundadas so-

bre un partido que no tiene ningún remordimiento por un crimen, cuya perpetración solo ha encontrado un grito formidable de reprobación en su clara e inflexible conciencia.

Pero lo cierto es que, fundado en un crimen, a cuya severa represión somos los primeros en invitarte, porque es lo único a que tiene derecho; el Gobierno, por deshonrar y oprimir al partido republicano, ha escrito la circular publicada en la Gaceta del 26 de Setiembre, y contra la cual protesta unánimemente toda la minoría republicana, por considerarla un atentado a los derechos individuales, que están sobre todos los poderes.

Nosotros no podemos reconocer al Gobierno facultades para poner su autoridad administrativa sobre la autoridad de la nación. Nosotros no podemos reconocer la competencia del Gobierno para limitar a su antojo los esenciales facultades humanas. Nosotros protestamos, pues, contra esa circular que creamos encaminada a destruir toda la obra capital de la revolución de Setiembre. Esa fúnebre documento que parece una verdadera provocación, que menaza el derecho de reunión y de asociación, que limita la facultad inimitable de expresar el pensamiento humano, a menazar de supresión las reuniones pacíficas, lanzar fuera de la legalidad todo un partido como en los tiempos más tristes de nuestra historia, a poner sus prefectos y sus agentes de policía sobre la Constitución, alogar las manifestaciones públicas en que la opinión se expresa, e iniciar una serie de escándalos, a cuyo principio está el retraimiento de los fanáticos e infamemente perseguidos, pero a cuyo término están tan necesarios como el 29 de Setiembre y castigos tan merecidos como el que hundió en el polvo un trono de quince siglos.

¿Y por qué se hace todo esto? ¿Por qué se prohíben las manifestaciones pacíficas? ¿Por qué se ahoga la palabra en la garganta de los pueblos? ¿Por qué se viola descaradamente la inviolabilidad parlamentaria? ¿Por qué se suprimen ayuntamientos nombrados por el sufragio universal, y se les sustituye con ayuntamientos nombrados en el ministerio de la Gobernación? ¿Por qué se desconocen los derechos individuales? ¿Por qué se prohíbe discutir la Constitución? ¿Por qué se arrancan las armas a los voluntarios de la libertad? ¿Por qué se escribe la última circular, que ha coronado todas las insensateces del Gobierno? Es necesario que lo sepa el mundo civilizado, para que deje esta situación reaccionaria en el vacío donde se asfixió la antigua dinastía. Se procede tan bárbaramente para matar la opinión pública en el país. Y se intenta matar la opinión pública para hacer triunfar una indigna conjuración diplomática, y traernos un rey extranjero, contra el cual, si no quedaran españoles en España, protestarían las piedras de nuestras inmortales ciudades, y se levantarían los rayos sembrados desde las llanuras de Vitoria hasta los muros de Cádiz.

La minoría republicana sería cómplice de estas maquinaciones si por más tiempo callase. No considera, no puede considerar legítima ninguna determinación que se tome en el silencio de la opinión y entre las ruinas de los derechos individuales. Su primer impulso sería escribir esta protesta contra la rebelde circular del ministro de la Gobernación y aguardar los decretos de la justicia universal, que tarde o temprano, castiga a los poderes soberbios. Pero deseando dar una última prueba de su prudencia, ya agotada, se presentará en la Asamblea con el acta de acusación en la mano.

Y si esta acusación no se admite; si las Cortes consienten que los derechos individuales sean violados; si la Constitución desconoce, la libertad ahogada; el poder convertido en arbitrariedad insensata; los ministros dueños de nuestras facultades más preciosas; el principio de una agencia del poder, la minoría republicana se retirará de la Asamblea, y entregándose a un retraimiento aconsejado por su dignidad, comenzará una época de asfixia para los nuevos poderes, que parecen haber absorbido por sus poros todos los errores que mataron a los antiguos; y se cumplirá así, tal vez más pronto, las eternas leyes del progreso, contra las cuales nada pueden esos Gobiernos que, olvidados de su origen y oyéndose irresponsables, desconocen todos los derechos; porque si no encuentran el merecido castigo en la justicia y en la ley, lo encuentran, tarde o temprano, en el tribunal último, a que nunca apelan en vano los oprimidos: en el tribunal de las revoluciones.

Madrid 28 de Setiembre de 1869.—José María Orcau.—E. F. Guernas.—Enlito Castelar.—Fernando Garrido.—José Cristóbal Sorri.—F. Díaz Quintanar.—Juan Gil Bergas.—Benigno Rebulla.—Juan Tuau.—Francisco Sanjurjo y Capdevila.—Roberto Robert.—Florencio Rubio.—P. Moreno Rodríguez.—Buenaventura Abizruza.—José Tomás Salvany.—Santiago Soler.—Victor Prunedá.—Eusebio Gimeno.

PARTE EXTRANJERA.

DESAPACHOS TELEGRÁFICOS.

VIENA, 28.—Asegúrase que ha quedado definitivamente zanjada la cuestión entre el virey de Egipto y el sultán.

FLORENCIA, 28.—El vapor francés *Agula* zarpará el 2 de Octubre del puerto de Venecia, conduciendo a Constantinopla a la emperatriz de los franceses.

PARIS, 28.—Ha llamado mucho la atención el artículo del periódico ministerial *Le Constitutionnel*, en el cual se combate la incorporación del gran ducado de Baden a la confederación de la Alemania del Norte.

En los círculos políticos se asegura que el nombramiento del general Fleury para el cargo de embajador en San Petersburgo, no tiene la importancia que le han atribuido varios periódicos extranjeros, suponiendo que se relacionaba con un proyecto de alianza entre Francia y Rusia.

Identificado el cadáver descubierto a 40 metros del sitio donde estaban enterradas las víctimas del asesinato de Paulin, ha resultado pertenecer al padre de la familia, Juan Kinck, y no al hijo mayor Gustavo, como se había dicho.

GENOVA, 27.—El Sr. Minghetti ha presidido hoy la apertura del Congreso de las Cámaras de comercio.

PARIS, 27.—El emperador y la emperatriz han asistido ayer a las corridas de caballos del bosque de Boulogne.

SS. MM. han sido aclamadas con entusiasmo.

ISLE, 28.—El *Jal Officiel* publica un decreto de fecha 25 de Setiembre, nombrando al general Fleury embajador en Francia en San Petersburgo.

LISBOA, 28.—Los periódicos en general han acogido con entusiasmo carta del rey al duque de Loulé.

Ayer se ha adjudado a D. Reinard Reni la línea telegráfica subtrina de entre Portugal e Inglaterra.

Un despacho de veinte palabras costará siete francos (26 rs. 60 cs.).

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 29 DE SETIEMBRE DE 1869.

EL 29 DE SETIEMBRE!

Doce meses justo: hoy que la revolución se enseñoreó de toda España.

A la ansiedad que el 28 tenía embargados los ánimos, a causa de la incertidumbre sobre el resultado de la batalla de Alcolea, sucedió en la mañana del 29 la noticia de haber salido triunfantes los rebeldes. Los primeros momentos fueron en Madrid de agitación y sobresalto, porque calculándose que el ejército victorioso venía hacia la capital, había sobre el motivo para creer que el campo de batalla e iba a trasladarse a Andalucía a las puertas de la que aún se llamaba la corte, y aun se discurría el vecindario a presenciar una lucha en la mismas calles.

Sabia todo el mundo que la guarnición no corta que había en Madrid se mantenía fiel a doña Isabel II; contábase en aquella una fuerza respetable de Guardia civil; se tenían también las mejores noticias en cuanto al buen espíritu del ejército de las provincias; y, sobre todo, nadie quería convencerse de que el hombre que en momentos supremos había tomado en sus manos las riendas del Estado por encargo de su reina, a quien tantos favores debía, no estaba resuelto a vencer o a morir en la lucha contra la revolución anti-dinástica. Tal parecía que era un deber de la Guardia civil, y de ministro no sabemos que otras consideraciones de delicado patriotismo; contuvo el ardor de las tropas del lado de aquí del puente de Alcolea, que protestando contra la palabra derrota, querían volver de nuevo a la pelea; dejó sin dirección, sin comunicaciones y sin órdenes a los jefes militares de las provincias, y entregó a España toda en brazos de la anarquía.

¡Ay! Aquel hombre no fué más que un instrumento de la Providencia. Dios había decretado un castigo general, bastante merecido, contra un pueblo y una dinastía, y ese castigo vino en un momento de la manera más inesperada. Pero no sin que incurriese en grave responsabilidad el ministro que franqueó el paso a la revolución, no. Para que tal no se piense, para que sirva de contraste con la conducta de aquel ministro y con la de otros hombres que hollando sus juramentos hicieron traición a su reina y a su patria, quiso Dios marcar de una manera gloriosa el proceder hidalgo de un valiente militar y cumplido caballero.—¡Qué alma generosa, cualesquiera que sean sus opiniones políticas, no pronuncia con respeto el nombre ilustre del marqués de Novaliches!

Y triunfó la revolución. Los partidos liberales desheredados del poder amalgamaron sus ambiciones y sus odios, y declararon vacante el trono de San Fernando, arrojando de él con el mayor escarnio y los mas graves insultos a la desgraciada señora que ya al venir al mundo se encontró estrechamente ligada con el liberalismo, y no supo romper después sus mortíferas ligaduras. El trono de doña Isabel II rodeado de doctrinarios era un dique de barro opuesto al torrente de las ideas revolucionarias, no para impedir su paso, sino para hacerle mas lento. En vano repetían un día y otro algunos desinteresados que era menester atajar el torrente en su origen, porque de lo contrario acabaría de vencer la resistencia del dique. Así sucedió: llegó un día en que el dique se encontró enteramente socavado, y el torrente se precipitó inundándolo todo. La revolución se desbordó y en un día invadió a toda España. El pueblo español quedó en todas partes entregado a sí mismo, sin autoridad que le contuviera ni poder que le protegiera.

Entonces dió este pueblo una prueba inequívoca de sensatez y cordura; entonces se vió su natural inclinación al orden; entonces se vió la influencia que ejercían en su corazón los sentimientos religiosos, porque sin ellos no se explica el ejemplo de morigeración que todos tuvimos que aplaudir y que hoy es justo recordar. Habíasele predicado un día y otro que era esclavo, que era pobre e ignorante y que todo esto lo debía a no sabemos qué influencias teocráticas, a no sabemos qué poder tenebroso que venía ejerciendo el Clero, y a pesar de esas predicaciones cuando el pueblo se vió libre, dueño de sí y ase-

gurado la impunidad de cualquier desmán, ni se le pasó siquiera por las mentes atentar contra el Clero, ni profanar las iglesias.

El pueblo, lo mismo en Madrid que fuera, continuó en su vida ordinaria, y nada hizo por sí mismo. Cuando él no se acordaba de tomar las armas, unos cuantos caballeros se constituyeron en junta, y arrojándose la representación de la autoridad, le incitaron a ello y le abrieron las puertas de los parques. Algunas juntas fueron las que decretaron el derribo de multitud de iglesias, algunas juntas las que decretaron la supresión de conventos, la libertad de cultos y otras medidas revolucionarias por este estilo. Esas juntas constituyeron la tan decantada opinión pública, y tomando el nombre del pueblo diéron pretexto para que se diga que el pueblo pidió cosas que detesta de lo íntimo de su corazón. Al pueblo se le ha otorgado, se le ha engañado y se le ha querido corromper, y a esto se deben los desmanes que después han podido cometerse, rarísimos en verdad para los que se podían temer y los que naturalmente debía producir una predicación incesante, que no tiene más fin que halagar las pasiones y estimular los malos instintos.

Con ocasión del aniversario del triunfo de la revolución podríamos recordar aquí el camino que la misma ha recorrido durante un año; pero ¿quién no lo tiene presente? ¿Quién no ha padecido en sus intereses, en su bienestar, o por lo menos en sus sentimientos por causa de la revolución? Hechos tristísimos, pérdidas irreparables han dejado impresos sus huellas en la memoria de todos. Innumerables familias llevan la muerte o la inutilización de alguno de sus individuos, víctimas de su deber, de su generosidad o de la exaltación política en Santander, en Béjar, en Alcolea, en Cádiz, en Málaga, en Jerez, en la Mancha, Cataluña, Valencia, y últimamente en Barcelona. Innumerables familias están en la miseria o viviendo con estrechez, ya por la pérdida de trabajo, ya por el mismo estado de la Hacienda pública, a la que habían confiado sus intereses. Miles de ciudadanos gimen en las cárceles o están alejados de su patria a causa de los trastornos políticos. De todas estas desgracias tiene la culpa la revolución, de todos esos males son responsables los hombres que por satisfacer su ambición o su odio no han reparado en suministrar en la anarquía; corazones depravados y empujados, que jugando con las palabras libertad y patriotismo solo latían al impulso de sus malas pasiones. ¿Qué les importa a ellos que el Tesoro esté exhausto, que impere la anarquía y la sangre corra a torrentes si ellos triunfan sobre la ruina de la patria?

Un año ha transcurrido desde que la revolución pudo cantar victoria; un año de zozobra, de angustia, de temores continuados; un año de incesante destrucción, sin edificar nada. Los hombres que hicieron la revolución pudieron destronar un monarca, pero todos sus esfuerzos han sido impotentes para sustituirlo con otro; han hecho una Constitución y esa Constitución es letra muerta, tan pronto promulgada como violada.

La anarquía: este es el único resultado que la nación ha obtenido de la insurrección de Setiembre de 1868. En ella hemos vivido por espacio de un año, y en ella viviremos hasta que hayamos espionado nuestros pecados y hayamos satisfecho a la justicia divina.

Dios puede acercar y alejar el día de la restauración del orden, pero antes es menester que esta sociedad se regenere, antes es menester que vuelva a los caminos de la verdad y que grave bien en su memoria, con todos sus antecedentes y consecuencias, la fecha del 29 de Setiembre.

LA PROTESTA REPUBLICANA.

En otro lugar verán nuestros lectores la protesta que la minoría republicana ha redactado contra la conducta del Gobierno. Este documento, según dice *La Reforma*, ha merecido la aprobación de los representantes de los pactos federales. Puede, por consiguiente, considerarse como la expresión unánime de los sentimientos y propósitos del partido republicano, en lo cual estriba toda la importancia del mencionado escrito.

Tremendas son las acusaciones que el partido republicano lanza sobre el Gobierno, pero fuerza es confesar que, desde el punto de vista revolucionario, todas las acusaciones son perfectamente justas.

Los mismos argumentos, poco más o menos, que nosotros hemos empleado para combatir los actos del poder juzgándolo casi siempre con arreglo a sus propias doctrinas, los mismos se emplean en la referida protesta con incontrastable lógica.

La minoría republicana acusa al Gobierno de conspirador y rebelde contra la Constitución del Estado, cuyo cumplimiento juró en manos del presidente de las Cortes. Recuerda la publicación de la ley de 17 de Abril de 1821, su bárbara aplicación y la todavía más bárbara e inhu-

mana orden, *aclaratoria* sin duda de aquella ley, que el ministro de la fuerza expidió a los jefes militares para exterminar a los carlistas, de resultados de la cual orden se cometieron los horribles asesinatos de Montealegre, que valieron al teniente coronel Casalis el ser promovido al inmediato empleo.

Pero en donde la protesta toma el verdadero carácter de un documento doctrinal, es en la parte que se refiere a las circulares de Sagasta, y singularmente a la última, en que manifestamente se niegan los derechos individuales consignados en la Constitución y elevados a la categoría de imprescriptibles por la teoría democrática pura.

Los republicanos condenan el crimen cometido en Tarragona, y acusan al Gobierno de haberlo aprovechado para dar un golpe a los principios revolucionarios por mano del Sr. Sagasta. La verdad es que hay razón para sospechar que el Gobierno deseaba una ocasión propicia para declarar doctrinario, y demostrar una vez más que las Constituciones escritas no pasan nunca de ser papeles mojados, de los cuales se puede hacer el uso que mejor acomode a los gobernantes.

Nuestra opinión respecto de la última circular del Sr. Sagasta es ya conocida de nuestros lectores. Pocos días ha la examinamos detenidamente, y por lo que en la protesta republicana se ve, hemos convenido los republicanos y nosotros en el mismo juicio, aunque colocándonos en puntos de vista contrarios.

En esta coincidencia daremos los partidos radicales, siempre que se trate de atacar a los partidos medios. Estamos equidistantes, y por consecuencia, nuestros golpes han de ser igualmente intensos y extensos, aunque esencialmente diferentes. Los que suponen que hay necesidad de previo acuerdo para coincidir de esta manera, demuestran que ignoran lo que es el radicalismo, lo que son la verdad y el orden lógicos que siendo de por sí contradictorios cuando se miran frente a frente, llegan a parecer semejantes cuando se refieren a una doctrina intermedia.

La minoría republicana, después de examinar y condenar la conducta del Gobierno, se pregunta por qué se han violado todos los principios democráticos y por qué se ha obrado esta reacción en el Gobierno. La contestación es tremenda, pero debemos confesar que tiene, por lo menos, todas las apariencias de la verdad.—Porque se trata de hacer triunfar una indigna conspiración diplomática y traernos un rey extranjero contra el cual, si no quedaran españoles en España, protestarían las piedras de nuestras inmortales ciudades, etc.

La protesta concluye con una amenaza cuya gravedad es imposible desconocer. Dice que la minoría irá a las Cortes con el acta de acusación, pero que si su voz no fuese oída abandonaría la Cámara y se retiraría tranquilamente, apelando al tribunal último a que nunca apelan vanamente los oprimidos; al tribunal de las revoluciones.

Mas claro: si el Gobierno se empeña en proponer un rey a las Cortes y estas lo aceptan, el partido republicano se lanzará al campo buscando en la punta de las bayonetas la solución que el Gobierno se ha negado a dar en el seno de las Constituyentes.

No olvide el Gobierno esta amenaza: no olvide tampoco que para conspirar contra un rey extranjero los republicanos han de hallar muchos auxiliares en el pueblo de 1808.

EL DUQUE DE GENOVA

Y LOS MONÁRQUICOS LIBERALES.

La candidatura del duque de Génova es oficial, pero esto no impide que corra gravísimo peligro de ser rechazada como las demás que han llegado a ser oficiales.

Para que nuestros lectores formen idea de los mismos de la marejada que ha promovido los monárquicos democráticos la presentamos oficial del niño Tomás, vamos a tomar de los diarios de aquellos y de otros lo más sustancioso.

La *Política*, que tanto se ha reído de la candidatura del duque de Génova, precisada ayer a tomar en serio ese asunto, dió en su última hora las siguientes noticias:

«Ya han empezado los trabajos al descubrimiento a favor de la candidatura del joven duque de Génova.»

Los Sres. Ríos Rosas, Ulloa y Vega Armijo fueron llamados anoche a conferencia con uno de los mas importantes personajes de la situación.

Este personaje deseaba conocer la opinión de dichos señores respecto a la candidatura genovesa; pero todos ellos se refirieron a lo que acordase su partido.

En consecuencia, esta tarde a las tres se han reunido en el Congreso los diputados de unión liberal residentes en Madrid, y a las cuatro y media siguen aún en junta.

Parece que algunos miembros del Gobierno, de los que con mas calor sostenían antes que no corra prisa la elección de monarca, quieren ahora que se lleve a paso de carga.

En el Consejo de ministros no ha habido la unanimidad que supone hoy *El Imparcial*. Tampoco la hay en ninguno de los partidos que han de concurrir a la elección.

Conocida la opinión de los unionistas, se consultará la de los progresistas y demócratas, con la cual se cree contar de antemano y, si el candidato es aceptado, en una de las primeras sesiones que celebren las Cortes se proclamará al duque de Génova rey de España con el nombre de Alberto I (su segundo nombre).

Durante su menor edad, de la que no saldrá hasta los 18 años, será regente único el duque de la Torre. Esta regencia durará, por consiguiente, dos años y algunos meses.

El lenguaje de *La Política* indica bien a las claras lo mal recibida que ha sido por los unionistas la candidatura acordada por el Gobierno.

pero más explícita estaba *La Correspondencia*, que a más de otros sueltos en el mismo sentido, publicó anoche el siguiente:

«A la avanzada hora en que cerramos nuestro número, continuaban reunidos en el Congreso los diputados de la unión liberal.

Por lo que hasta ahora se sabe, domina la idea de no votar la candidatura del duque de Génova, haciendo declaraciones que revelen las causas de esta actitud. La unión liberal, se ha dicho en la reunión, es un partido serio y de Gobierno, que desea soluciones definitivas, y no lo es ciertamente una minoría larga con un rey desconocedor de nuestras costumbres y hasta de nuestro idioma.

Si la unión liberal votó la regencia, a pesar de su deseo de concluir con la interinidad, ha dicho otro hombre importante, fué en la confianza de que tras ella vendría una solución verdaderamente estable y firme, con la cual podría transigir el partido, como había aceptado desde luego la candidatura de D. Fernando de Portugal, por razones de patriotismo, y en vista de la gran idea que envolvía.

La discusión ha sido muy animada, y casi todos los que han tomado parte en ella se han expresado en el sentido que dejamos indicado.

Asistieron 36 diputados, que son todos los de la unión liberal que se hallan en Madrid, contando entre ellos los Sres. Calderón Collantes y Méndez Vigo.

La Epoca, corroborando las noticias de *La Correspondencia* y de *La Política*, da algunos pormenores acerca de la actitud del regente y de la supuesta unanimidad del Consejo de ministros de que nos habló ayer *El Imparcial*:

«Desde las tres y media de esta tarde están reunidos los ministros, y a las seis continuaba la discusión, muy animada, y sentimos decirlo, con pocas probabilidades de venir a un acuerdo común. Los progresistas se reúnen a las nueve y los demócratas a las diez de la noche.

Después de la discusión que se revela en el grupo de los unionistas, es posible que los otros quieran aparecer más compactos, pero en realidad la candidatura del duque de Génova, por niño y por extranjero, tropieza con grandes dificultades. Algun ministro dijo ya que para elevar al trono a un niño, más justo era manifestar respeto al derecho de legitimidad, siempre que no hubieran de sufrir perjuicio los principios revolucionarios.

Las circunstancias son graves y nosotros nos proponemos guardar la más absoluta reserva, limitándonos a referir los hechos.

El regente, en su conversación con el Sr. Echegaray, ha encontrado extraño que el Consejo de ministros haya escogido los breves días de su ausencia para resolver una cuestión tan grave: no opondrá obstáculo al voto de las Cortes, pero declina el honor de la regencia, solo o acompañado, con el nuevo monarca, a quien se confirmaría con el nombre de Alberto I, por creer que el de Tomás no suena bien en los oídos de los españoles.

El general Serrano no regresará a Madrid hasta el 3 de Octubre.

Gran satisfacción ha debido tener *La Epoca* al saber que ha habido un ministro que ha abogado por el príncipe Alfonso: y lo particular es que no hemos visto desmentida la noticia en ningún diario ministerial, ni siquiera en *El Imparcial*, que desmiente a *La Epoca* en lo relativo al regente, duque de la Torre. Ciertamente falso el hecho, supónese generalmente que el ministro aludido por *La Epoca* es el de Estado.

Los periódicos de la mañana no dan noticias muy detalladas de las reuniones celebradas en el Congreso por los unionistas, por los progresistas y por los demócratas, concretándose casi únicamente a decir el resultado.

Ya *La Correspondencia* de anoche nos anunció que al ser consultados por el Gobierno los Sres. Ulloa, Vega Armijo y Ríos Rosas, el primero había contestado que él daría su voto para una solución que fuera el término de la interinidad, el segundo que tenía que consultar con su partido, y el tercero que le parecía extraño que hubiera tanta prisa para resolver la cuestión de monarca. Con estos antecedentes, y sabidos los grandes compromisos que impiden a algunos hombres de la unión votar digna y decorosamente otra candidatura que la de Montpensier, fácil es presumir lo que pasaría en la reunión de los unionistas.

Según *El Imparcial*, las opiniones estuvieron entre ellos muy divididas pero todos convinieron en que el partido debía dar su apoyo a lo que decidiese la mayoría de la Cámara. Pero *El Punte de Alcolea* cuenta las cosas de otra manera a nuestro entender más verosímil. Dice que la candidatura del duque de Génova no fué aceptada por la mayoría, que unos proponían transigir para acabar con la interinidad, y los que así opinaban eran unos diez y seis, entre los cuales se contaban los Sres. Ulloa, Romero Ortiz, Moreno Nieto y Albareda. Entre los que abiertamente se opusieron a la referida candidatura, que son diez y nueve, según el mismo *Punte*, se encuentran los Sres. Ríos Rosas, Tórrero y Vega Armijo. La reunión parece que terminó nombrando una comisión para tratar y verse de acuerdo, si es posible, con las demás fracciones monárquicas de la Cámara, y los nombrados para formarla fueron los Sres. Ríos Rosas, Ulloa y Vega Armijo. Faltan de Madrid unos cuarenta diputados unionistas.

La reunión de los progresistas, compuesta de 80 diputados, así como a la de los demócratas, compuesta de 28, asistió el general Prim; expuso la situación del país y la necesidad de acabar con la interinidad; elogió al duque de Génova, y se dio de que el de Montpensier no contase con las simpatías de todos los partidos. Todos los concurrentes a la reunión de progresistas aceptaron la candidatura del duque de Génova, excepto el general Contreras que quiere que el rey sea español.

Entre los demócratas todo menos dos parece que aceptaron la candidatura de Tomásillo. Estos y los progresistas nombraron también sus comisiones para ponerse de acuerdo con las demás fracciones monárquicas de las Cortes.

¿Qué resultará de todo esto? Lo probable es que no resulte nada serio en definitiva. Son demasiados los obstáculos que tienen que vencerse para que se llegue a un acuerdo entre todas las fracciones monárquicas. Y en último caso, suponiendo que el duque de Génova tenga mayoría, ¿será esto suficiente para que pueda venir a ocupar el trono?

Aun tienen que hacer los monárquicos.

PERFIDIA PROTESTANTE.

Ha ocurrido recientemente en esta capital un hecho que demuestra toda la perfidia de los enemigos del Catolicismo, y todo el heroísmo de las almas alimentadas en la fe católica. *La Regeneración* ha dado cuenta de este hecho, de que nosotros tenemos exactos pormenores, que hacen subir al rostro el calor de la indignación, y al mismo tiempo llenan de consuelo y alegría el corazón creyente.

«Un capitán del ejército carlista, que después de la guerra de los siete años, por no reconocer a doña Isabel y al liberalismo, se dedicó al oficio de ebanista para mantener a su mujer y once hijos, —ejemplo nobilísimo que es muy común en el partido religioso-monárquico,— murió en esta capital hace algunos meses, dejando a su numerosa familia sumida en la mayor miseria.»

Sabedoras de este infortunio, dos señoras acudieron en auxilio de la desconsolada viuda y huérfanos desvalidos, pagándole un cuarto donde poder vivir y suministrándole algunos socorros.

La pobre familia bendecía sin cesar a sus bienhechoras, cuya virtud y caridad no tenían límite. Llegó un día en que las señoras comenzaron a llevar a la desamparada familia hojas y libros religiosos, alguno casi inocente, otros de la más refinada maldad protestante, hasta que creyeron llegado el caso de hablar a la infortunada viuda, incitándola con promesas tentadoras y suaves palabras a dejar el catolicismo y abrazar el protestantismo.

No tuvieron éxito estas tentativas; la viuda y todos sus hijos rechazaron siempre las maliciosas insinuaciones de las caritativas señoras. En vista de este resultado, sustituyeron a las señoras en su oficio, varios caballeros, extranjeros todos, menos uno, que era español. Emplearon diferentes medios, la tentación y la amenaza, para que la católica familia abandonara su fe, y viendo que nada conseguían, dijeron terminantemente a la pobre viuda, que si ella y sus hijos no abrazaban el protestantismo, los abandonarían a su infortunio y los arrojarían del cuarto que habitaban. La pobre viuda, y teniendo que elegir entre la miseria mas espantosa y la apostasia, no vaciló un momento, y eligió el hambre y la desnudez.

Todavía no estaba satisfecha la malicia protestante. En nombre del pastor que hay en Madrid, se le ofrecieron a la desamparada viuda 40,000 rs. anuales y la seguridad de un buen porvenir para sus hijos si dejaban el catolicismo: hijos y madre rechazaron heroicamente la tentadora proposición. ¡Bendita sea la fe que hace a un héroe del más débil desdichado de los hombres!

A la malicia y seducción empleadas por los protestantes, tenía que seguir la crueldad. Hallábase un día la pobre viuda cuidando a una hija que había caído enferma, sufriendo indecible amargura, porque, resuelta a no abandonar su fe, veía próximo el momento en que no tendría pan para sus hijos. Presentose entonces uno de los catequistas protestantes y dio lugar a una escena verdaderamente horrible. Por última vez, incitó a la desgraciada mujer a dejar su religión, y como respondiera que no, una y mil veces, el protestante dijo: «Fuera de aquí y ¡la enferma al hospital!» y asiendo brutalmente las ropas del lecho dejó sin abrigo a la joven que en él yacía. Entonces la desdichada madre para salvar el pudor y la salud de su hija se arrojó sobre el miserable que así procedía, dejando impresas en su rostro las huellas de su justa indignación.

Esto sucede en la capital de la nación católica por excelencia; esto sucede cuando se han suprimido las benéficas Conferencias de varones de San Vicente de Paul. Semillante estado de cosas no puede tolerarse. Al abrigo de una Constitución impía y vejadora de los derechos religiosos ¿ya lo veis católicos! los enemigos de nuestra fe vienen a explotar infamemente la miseria de nuestros hermanos. No nos dejemos sorprender; trabajemos sin darnos un punto de reposo por extirpar esta horrible revolución y socorrer cristianamente a los desvalidos.

«¿Cuántos de estos caerán en las redes del miserable protestantismo! ¡Gloria a la noble viuda y a sus hijos que han preferido la miseria a la apostasia, y bendito sea Dios que no abandona a los suyos! Dos señoras de las Conferencias de San Vicente cuidan ya de la heroica y desgraciada familia.

La Iberia de hoy escribe textualmente lo siguiente:

«Son completamente falsos cuantos rumores se esparcieron ayer acerca de Jerez y Zaragoza.

En ambas poblaciones ha reinado completa tranquilidad, sin que se hayan notado los menores síntomas de alterarse la tranquilidad pública.

Aconsejamos al público reciba con prevención esas falsas noticias que se complacen en propalar los alarmistas de oficio.»

La Gaceta del Gobierno en su parte oficial dice hoy sin embargo:

«En la madrugada de ayer se notaron síntomas de trastornos en Jerez a consecuencia de haber entrado en la ciudad gentes de los campos que abandonaron los trabajos, reuniéndose en la bodega de uno de los republicanos más conocidos de aquella localidad; pero la actitud energética del comandante militar y el entusiasmo manifestado por la guarnición hicieron desistir de su propósito a los revoltosos, quedando en su consecuencia tranquila la población.»

Aconsejamos al Gobierno que acorte la ración al diario progresista, a ver si moderando su entusiasmo sabe una vez lo que se dice, y no pone en berlina con sus imprudentes aserciones a los mismos ministros.

No para nuestros lectores de Madrid, que de sobre lo saben, sino para los de provincia, debemos anunciar que en el día de ayer, aniversario de la batalla de Guadalete, decimos mal, de Alcolea, hubo iluminaciones como muestra de regocijo público. Advertían sin embargo que el regocijo se limitó a los ministerios, porque ni un edificio particular se vio iluminado.

Pero como entre las infinitas cosas que aquí han perecido hay una que ha prosperado extraordinariamente, a más de los ministerios apareció otro edificio público con luces. Y fué el de la Deuda. La alegría se concretó, pues, a los que disfrutaban del presupuesto y a la Deuda pública, únicos que en España han engordado en el año que llevamos de libertad. El resto de Madrid parecía que estaba de luto.

Dice *El Imparcial*:

«Los ayuntamientos, las diputaciones, los voluntarios de la libertad y todas las corporaciones y clases de la sociedad de Navarra, han elevado una exposición al Gobierno pidiendo gracia para los complicados en la conspiración de Pamplona, cuya causa debe verse hoy en Consejo de guerra.

Unimos nuestra súplica, por lo que valga, a la de los navarros, tanto más cuanto la conspiración no pasó de conato.»

Para nosotros es indudable que los procesados de Pamplona serán indultados si se les condena a pena capital.

La Igualdad tiene entendido que ayer en el Consejo de ministros se trató de la conveniencia

de hacer jurar inmediatamente la Constitución por toda la milicia de España.

«Fácil es adivinar, añade el republicano, cual es el objeto de tan pudente, arbitraria y provocadora medida.»

El objeto no es otro que el quitar de delante, en nombre de la libertad propuesta, a los que pueden turbar en el tranqueo del presupuesto, a los perjueros del pasado.

Al general Prim se le ha gantado el nombre de Tomásillo.

De resultas, ha confirmado su protegido, llamándole Alberto I.

Pero dícese que los unionistas no tragan al Tomásillo ni confirmado y ni no.

Pero se ha ideado un medero que los unionistas transijan: no llamar lico ni Tomás ni Alberto, sino *Manon I*, rep los presupuestivos, natural de Gijón.

Este último administrado que ha convencido de plano a la unioneral.

Tenemos el sentimiento de anunciar a nuestros lectores la muerte de Sr. D. Francisco José Garvia, acaecida ayer de Setiembre, a las cuatro y media de la tarde.

Los que tuvieron el gusto de tratar al señor Garvia no creían en exagrar que digamos de él que estaba adornado de dotes extraordinarias de bondad. Su alma era una alma verdaderamente cristiana. Su noble figura siempre en primer lugar, en todo género de asociaciones o empresas que tuviesen por objeto la gloria de Dios o el bien de los hombres.

En las Conferencias de San Vicente de Paul era tesorero del Consejo superior; en la Asociación de católicos era presidente.

Fuó diputado a Cortes provincial y consejero de la diputación de Madrid.

«Dios habrá recompensado con su eterna gloria al católico ferviente en quien la Iglesia vió siempre un hijo humilde y un defensor entusiasta!—R. I. P.

CUESTION DE ORDEN PÚBLICO.

En la *Gaceta* de hoy lemos lo siguiente sobre la cuestión de orden público:

«Sofocada la insurrección de Barcelona, quedado completamente restablecida la tranquilidad de aquella capital, volviendo a tomar la población su aspecto acostumbrado.

Algunas partidas de burocratas de varios pueblos de la provincia habían cortado la vía férrea por distintos puntos y establecido juntas republicanas; pero a medida que las columnas del ejército van acercándose se disuelven las juntas, y hoy entregan las armas los revoltosos, que no encuentran eco ni protección en parte alguna.

Los desperfectos ocasionados en el ferrocarril van reparándose, habiendo quedado ayer tarde expedita la vía entre Maresa y Barcelona.

En la madrugada de ayer se notaron síntomas de trastornos en Jerez a consecuencia de haber entrado en la ciudad gentes de los campos que abandonaron los trabajos, reuniéndose en la bodega de uno de los republicanos más conocidos de aquella localidad; pero la actitud energética del comandante militar y el entusiasmo manifestado por la guarnición hicieron desistir de su propósito a los revoltosos, quedando en su consecuencia tranquila la población.

De las noticias que publican anoche los periódicos acerca de la sublevación republicana de los pueblos de Cataluña, no se deduce que esta haya terminado, aunque parece que no se propaga a otras provincias.

Según *La Correspondencia*, los sublevados, en número de unos 800, ocupan las inmediaciones de Monistrol, Olera, Martorell y Manresa.

En su última hora dice el mismo periódico que los fugados de Barcelona, auxiliados por algunos vecinos de Manresa, Tarrasa, Monistrol, Olera y Martorell, vagaban por la montaña de Monserrat, y se creía que en todo el día de ayer quedarían disueltos, a consecuencia de la activa persecución que les hacían las columnas del brigadier Palacios y coronel Casalis, puestas en combinación.

Por su parte dice *La Epoca*, que los telegramas recibidos ayer de Cataluña anuncian que en Monistrol y en Martorell seguía la agitación, y que de Manresa habían huido 400 paisanos armados a la aproximación de las tropas; que en Barcelona no ocurría novedad y en el ministerio de la Guerra se creía que en todo el día de ayer quedaría restablecida por completo la tranquilidad en Cataluña.

Por último, en la misma *Epoca* leemos lo siguiente:

«Durante todo el día de hoy han circulado, no sabemos si calculadamente, rumores graves de haber los obreros de Barcelona tomado parte en la insurrección, aun después de sofocada la revuelta de los batallones republicanos.

Acogemos estas noticias con reserva, así como la de que anoche, a la salida del tren correo había grupos en Zaragoza, pues los partidos extremos han de aprovechar todos los medios para que la agitación moral no desaparezca hasta que, abiertas las Cortes, la minoría republicana realice el proyecto en que parece está de acuerdo.»

Las siguientes noticias son tomadas de *El Imparcial*:

«En Sevilla reinó ayer agitación con motivo de gravísimos rumores que circularon sobre trastornos en Madrid. Los rumores cesaron por completo al recibir el correo.

«Las noticias telegráficas de Cataluña de esta madrugada anuncian que los insurrectos de Manresa iban entregando las armas, y que reinaba entre ellos gran desanimación.

En Monistrol había unos 300 hombres que se disponían también a entregárselas al general Baldrich.

«Se sabe que el domingo salieron de Madrid varias personas para diferentes puntos de Andalucía, donde se teme que estallen desórdenes en sentido republicano.

«Como complemento a las noticias de las bajas sufridas por nuestras tropas en Barcelona, diremos que entre los muertos se encuentra un sargento, y hay además nueve soldados heridos.

«El brigadier Pierrat, a quien no se le había podido comunicar la orden por la que se le destinaba a las islas Canarias, parece que se encontraba ayer en Alcalá.»

Después de anunciar *La Reforma* la llegada a Madrid del diputado republicano Sr. Salvany, y de consignar que por él y por los viejos que han venido en el mismo tren conoce lo sucedido en Barcelona, que es muy distinto de lo que ha referido la *Gaceta*, dice lo que sigue:

«En Barcelona, como en tantas otras partes, el Gobierno o sus delegados han cometido un horrible atentado, una provocación punible. Mañana

daremos más detalles; hoy nos limitamos a reproducir el telegrama que los Sres. Salvany y Serrallana remitieron al Gobierno momentos antes de atacar las tropas al pueblo, que entonces en todo pensaba menos en batirse, y que se hubiera retirado a sus casas sin causar el más pequeño trastorno, a no ser atacado sin motivos por el ejército.

El telegrama dice así: «Barcelona, 25 de Setiembre, a las cuatro y quince minutos.—Presidente del Consejo de ministros.—La ciudad ocupada militarmente antes de publicarse bando alguno y sin ningún pretexto. Grandísima efervescencia en el vecindario por este motivo. Las casas ocupadas por las tropas. Protestas en nuestro nombre propio y no respondamos de las consecuencias.—Tomás Salvany.—Gonzalo Serrallana.»

Excusamos decir que el Sr. Salvany no fué preso. Quien sí lo ha sido es el Sr. Serrallana con otros individuos del Comité, que fueron sorprendidos en la casa donde estaban reunidos y en el momento en que repelían sus órdenes al pueblo para que se retirara tranquilamente.

Según *La Igualdad*, uno de los batallones de infantería que ayer salió de esta capital iba a ocupar los desfiladeros de Despeñaperros.

Del mismo periódico son los párrafos siguientes:

«Sabemos, por conducto fidedigno, que una fuerte partida de insurrectos estaba alojada ayer tarde en Sabadell, ciudad que dista de Barcelona una legua y media.

Las columnas de tropa que han salido de Barcelona no la han atacado hasta ahora.

—A la hora de entrar en prensa nuestro número, toda la provincia de Barcelona está en poder de los insurrectos. Las tropas se encuentran bejío de los muros de Barcelona.

Las comunicaciones siguen interrumpidas. El Gobierno se ha encerrado en un absoluto silencio.»

Hoy recibimos periódicos de Barcelona correspondientes al domingo y lunes últimos, que nos traen largas relaciones de los sucesos de aquella capital.

El *Diario* del domingo dice:

«Durante la mañana de ayer empezó a correr la voz de que al mediodía se publicaría un bando disponiendo el desarme de algunos batallones de milicia nacional. Reinaba en los ánimos gran zozobra, cuando poco después de la una de la tarde se ha ocupado militarmente la plaza de la Constitución, estacionándose en las Casas Consistoriales un fuerte reten de guardias civiles de infantería y caballería, en la diputación los dos batallones de cuerpos francos de Targarona y en el centro de la plaza una batería de artillería de montaña cuyos cañones miraban a las principales calles que allí desembocan. En una gran extensión de todas esas había pelotones de dichos batallones francos. La Rambla en toda su extensión estaba también ocupada militarmente, situándose los pelotones de tropa en la Casa Correo, en los teatros Principal y Liceo, en Belen y Seminario conciliar, en el Centro del fomento de la producción nacional y en todas las casas que forman esquina a dicha calle y paseo.

Había también fuertes retenes de tropa en el Padró y Universidad nueva, y Santa María del Mar, el ex-palacio real, Lonja y Plaza Nacional estaban también ocupados por fuerzas de la Guardia civil. Mas tarde el batallón de milicianos monárquicos se reunió en la plaza de la Constitución y se estacionó después en la Plaza Nueva ocupando las avenidas de la catedral. En las Magdalena y Colegio del gran mayor de la sede había retenes de voluntarios de infantería y de caballería y otros templos fuerzas del ejército.

Las tres se fijó en las esquinas el bando disponiendo el desarme de las batallones, cuyos comandantes habían firmado la protesta sobre el desarme de la milicia nacional de Targarona. Acompañaba al que fijaba el bando una sección de Guardia civil.

Al poco rato se supo que en los barrios del arrabal de San Antonio se formaban barricadas y que los individuos de algunos batallones republicanos trataban de oponerse al desarme. La agitación que reinó en aquella parte de la ciudad fué extraordinaria. Las cornetas de dichos batallones tocaban llamada, según se nos dijo, y los mencionados individuos se reunían hacia la calle de Poniente, de Roig, del Carmen, etc.

Poco después de publicado el bando se reunieron en los barrios de San Cugatón algunos individuos del batallón republicano del 2.º distrito y con las piedras y maderos de las obras que se están haciendo en la fuente de San Agustín viejo, intentaron formar una barricada y otra frente a la capilla de Marqués, valiéndose para ello de un carreton y de las puertas y piedras de la casa que se está construyendo frente a dicha capilla. La primera de dichas barricadas fué tomada por una sección de caballería y otra de carabineros, mas en la segunda hay que lamentar una desgracia. Los que trataban de defenderla se retiraron haciendo una descarga a la tropa é hiriendo en la rodilla al teniente que mandaba la sección de caballería. Esta y los carabineros despejaron por completo dichos barrios y establecieron centinelas en todas las bocas calles. Algunos individuos de dicho batallón intentaron fortificarse en el restaurant de obreros de Santa Catalina, mas al poco rato desistieron de su propósito, y se retiraron a sus casas.

A las cinco y cuarto, viendo sin duda las autoridades que se oponía resistencia a dicho bando, mandaron disparar el primer cañonazo de alarma. Al oírlo fué grande la que hubo en todos los sitios de la ciudad, especialmente en la Rambla que estaba llena de curiosos. Todos los ciudadanos pacíficos marcharon a sus casas y se cerraron todas las puertas y tiendas; de modo que al oír el segundo disparo y Monición eran contadas las personas que discurrían por las calles.

Las iglesias ayer tarde no se abrieron, ni se tocó campana alguna. Tampoco hubo, como deja suponerse, ninguna diversion pública ni privada, aunque de estas había algunas preparadas con motivo de la fiesta de anteaño.

A las tres y media de la tarde el ayuntamiento se reunió en sesión permanente, aunque, según se nos dijo, no eran muchos los concejales que asistieron.

Ignoramos si son muchas las armas que se han recogido. Las fuerzas del ejército, guardia civil, carabineros, francos y batallón de nacionales monárquicos son en gran número y están muy bien distribuidas. Los botiquines y camillas están oportunamente repartidos en los edificios mas notables donde están situadas las fuerzas, y en ellos hay los respectivos capellanes y físicos para asistir a los heridos.

A cosa de las nueve y media de la noche se oían descargas y algunos tiros aislados que duraron a intervalos hasta las doce, hora en que cerramos esta edición. (Quiera Dios que mañana podamos anunciar que ha terminado la lucha, a fin de que no se derrame mas sangre española!)

—Ayer tarde en el acto de disparar los cañonazos de aviso, los chicos pregonaban un *Manifiesto* que el general Pierrat dirige al pueblo español.

Continuando el *Diario de Barcelona* la relación de los sucesos de aquella capital, que dejó pendiente el domingo, dice el lunes lo siguiente:

«El fuego, como dijimos, se rompió a las nueve y media, cesó poco antes de las dos de la madrugada en que fué tomada la última barricada. El combate se circunscribió a algunos barrios del distrito 3.º y a pocas calles del 4.º, unas y otras en el arrabal de San Antonio. El resto de la ciudad permaneció tranquilo.

Daremos algunos pormenores de los hechos a como han llegado a nuestra noticia, ofreciendo desde luego rectificar cualquiera inexactitud en que hayamos podido incurrir involuntariamente. Dícese que a las ocho de la noche se presentó al Excmo. señor capitán general una comisión del ayuntamiento pidiendo un plazo para que pudieran entregar las armas los que se habían fortificado en el arrabal. Adáncese que el Sr. Gamante les concedió el improrrogable de cinco cuartos de hora, porque, según se nos ha dicho, quería vencer la resistencia aquella misma noche.

Ignoramos el motivo por el cual las barricadas no se abandonaron, pero ya saben nuestros lectores que a las nueve y media se dió la orden de ataque por la parte de la calle del Carmen, la cual, lo propio que todas las que estaban ocupadas por los republicanos, se hallaba completamente a oscuras, pues habían apagado o no habían dejado encender los faroles del alumbrado público.

La primera barricada que se atacó fué la que con los adoquines del empedrado, y lo mismo hicieron en las demás, se había levantado frente a las Minimas, esquina a la calle de los Angeles. Una descarga contestó a los tiros que a la tropa dirigían los que defendían aquel puesto, y la barricada fué tomada a la bayoneta. A medida que se adelantaba, la resistencia era mayor, siendo preciso emplear la artillería en la calle de Poniente, que se halla aun intranisible, pues en cada enrejada de calles se había levantado una barricada.

Mientras la tropa de la calle del Carmen adelantaba hacia las Capuchinas, la de la calle de Ronda atacaba dicha calle de Poniente, de modo que aún se conocen las señales de las balas de cañon en la fachada de la casa de la calle del Carmen que está frente a la antedicha.

La tropa de la parte de San Pablo atacó por las calles de Robador y Cadena. Por la primera llegaron hasta la calle del Hospital; mas en la segunda encontraron gran resistencia, habiendo habido algunas bajas por ambas partes. La tropa de la calle de Robador llegó hasta el pasaje de Bernardino y atacó la gran barricada que se había levantado frente a la iglesia de las Carmelitas calzadas, esquina a la calle de la Riera Baja. En el primer ataque tuvo que retroceder la tropa por el vivo fuego que hacían los que, desalojados de las otras barricadas, se habían reunido en aquella con ánimo de impedir que se tomase el convento de Capuchinas, donde se hallaba el núcleo de la insurrección.

El jefe que dirigía el ataque mandó colocar las piezas de montaña frente a dicha barricada y no tardó en abrirse paso a los soldados que penetraron por la ciudad calle de la Riera Baja, mientras los que habían atacado las barricadas de las calles Sadurni, San Jerónimo y Cadena desembocaban por esta última en la del Hospital. La luna alumbraba entonces las calles. Unos y otros se dirigieron hacia las Capuchinas mientras venía del Padró, Riera Alta y calles de Poniente y Carmen la tropa que había tomado las barricadas. A los que se habían refugiado en el ex-convento no les quedó más recurso que rendirse a discreción, como así lo hicieron. Algunos republicanos lograron escaparse por las calles que dan al Ensanche.

A las dos, la tropa dominaba toda la ciudad y no se volvió a oír ningún disparo.

Al amanecer corrió la voz en el resto de la población de que la insurrección estaba vencida, y gran número de curiosos empezaron a recorrer los barrios que habían sido teatro de los sucesos. Aun yacían en la calle los cadáveres de los republicanos y los de la tropa. Los primeros fueron, según parece, en número de diez u once. También pereció un pobre anciano repartidor de este *Diario*, víctima de su curiosidad, quien al asomarse al balcón le mató una bala.

La tropa tuvo, según se nos ha dicho, cuatro muertos y unos cinco o seis heridos. El cuerpo que sufrió más fué el batallón de cazadores de Béjar que cuenta tres muertos. Los demás cuerpos que dieron el ataque fueron: un batallón del regimiento de Navarra, el de cazadores de Ciudad Rodrigo y la artillería de montaña. Los paisanos heridos, unos los hacen ascender a veinte y otros creen que no llegan a este número. No es posible fijarlo con certeza, porque algunos se curaron tal vez en casas particulares. Sin embargo, en el hospital militar entraron además de dos paisanos muertos, uno ó dos heridos de igual clase; en el de Santa Cruz había siete heridos y cinco muertos. Uno de los primeros, que lo es de alguna consideración en el hombre, se titulaba comandante.

A las ocho y media los prisioneros que se habían hecho en número de unos 80, fueron trasladados a uno de los buques de guerra surtos en este puerto. Decíase que entre ellos estaban el diputado a Cortes D. Gonzalo Serrallana, D. Emilio Morros, comandante que había sido de un batallón de republicanos, y el concejal D. Inocente Lopez Bernagossi.

A las nueve y media de la mañana se dirigió hacia Sans una columna compuesta de un batallón de cazadores, una batería de montaña, un escuadrón de lanceros y un pelotón de voluntarios de Cataluña. Decíase que el alcalde Sr. Aleu, comandante del batallón republicano acuartelado en las Capuchinas, que la tarde anterior había salido de la ciudad con algunos de los suyos, trataba de reunir en el mencionado pueblo a los republicanos armados que en la ribera baja del Llobregat.

Otra columna de igual fuerza, con algunas compañías de uno de los batallones francos de Targarona, se dirigió a mediodía a San Andrés de Palomar, donde los republicanos de aquel pueblo se habían apoderado de los talleres del ferrocarril de Zaragoza, impidiendo la salida de las locomotoras y cortando la vía férrea. Así es que la empresa tuvo que suspender el servicio de trenes; pero parece que al llegar la columna abandonaron los republicanos aquellos puntos.

A la una y media en las esquinas un bando del capitán general que verá nuestros lectores en otro lugar de este número. El nuevo plazo concedido para la entrega de las armas hizo que se devolviesen bastantes. Las que dejaron abandonadas los republicanos que el sábado por la tarde trataban de fortificarse en Santa Catalina, fueron ayer conducidos en un carreton a la ciudadela. También vimos a varias mujeres devolviendo fusiles, quedándose de los que decían habían engañado a sus maridos é hijos, al hacérselos tomar.

«Atendida la tranquilidad que reinaba, sin embargo de que toda la ciudad estaba ocupada militarmente, y sobre todo los barrios de las barricadas, algunas iglesias abrieron una puerta y mucha gente se apresuró a cumplir con el precepto dominical. No hubo mas que misas rezadas cada media hora hasta las doce en las parroquias y en alguna otra iglesia. La catedral permaneció cerrada por hallarse comprendida en el recinto circunvalado de la plaza de la Constitución que no se permite atravesar.

«El desperfecto que los revolucionarios de San Andrés de Palomar causaron en la línea de Zaragoza, junto a los talleres, con el fin de que no pudiese venir a Barcelona ninguna locomotora, quedó reparado ayer tarde, después que la columna que salió de esta capital desalojó de aquel pueblo los pocos sublevados que había, quienes huyeron a las montañas inmediatas. Hecha la reparación, se resolvió que el tren-correo, que no había podido salir por la mañana, lo hiciera por la tarde, como así se verificó; mas al llegar cerca de la estación de Sarriana, el conductor vió la vía obstruida por una locomotora que había caído en una alcantarilla, de la cual una partida de gente armada había arrancado los rails é impedía que se recompusiera

